

# Las curaciones por el espíritu

Judith Nieto

El arte médico, tan antiguo como el hecho de enfermar, y el afán de hallar sentido al porqué de la proclividad a la dolencia, han sido preocupaciones de los hombres de todos los tiempos y geografías, quienes han persistido en el afán de curar y de saber cómo intervenir la enfermedad, y en lo posible, alejarla de quien la padece. Esto explica por qué la enfermedad o el estado antinatural del hombre han colmado la preocupación de pensadores y artistas de las más diversas tendencias y épocas.

Basta volver a la literatura griega clásica, a palabras de estricto alcance poético, para encontrar en ellas la preocupación por la enfermedad y, en especial, la inquietud constante por restablecer el estado natural del hombre: la salud. En tal sentido, en el prólogo a la obra *La curación por la palabra en la Antigüedad clásica*, su autor, Pedro Laín Entralgo, plantea que en el canto XII de *La Eneida*, por ejemplo, se lee: “Prefirió conocer las virtudes de las hierbas, y los usos de curar, y ejercitar sin gloria las artes mudas”. Estos versos permiten leer la forma como Lapix trata de socorrer el cuerpo gravemente herido de Eneas: sin el recurso de las palabras, solo con sus manos y con hierbas procura inútilmente sanar a su progenitor. Al final, es Venus quien asiste de modo decisivo a quien antes parecía morir. La presencia invisible y mágica de la divinidad alcanza aquello que no pudieron ni las manos ni los ungüentos del apurado hijo.

Es importante notar que el verso “ejercer sin gloria las artes mudas” alude a la medicina como un arte que puede practicarse sin la necesidad de palabras. La medicina es, según Laín Entralgo, “arte muda”. La expresión pue-



Carlos Montoya. *Crisol 10*. Tinta sobre papel. 19 x 15 cm. 2020

de tener una intención adversativa, en tanto hace apreciar la diferencia entre las habilidades silenciosas preferidas por Lapix y las destrezas sonoras en las palabras y musicalidad manejadas por Apolo.

Otra consideración sobre el “arte muda” se impone a lo anunciado desde la misma voz poética de Virgilio leída en la actualidad, pues, además de mostrar que la medicina supersticiosa siempre se ha ejercido, es evidente que ella fue un procedimiento común, previo a la medicina técnica o científica del presente,

y por ello es concebida y ejercida *muta ars*, arte sin palabras.

Ya en la breve muestra destacada de *La Eneida* parecen postularse algunas formas de procurar el alivio y de sanar un cuerpo herido. Sin embargo, con esta respuesta nacen otros cuestionamientos: ¿la medicina ejercida sin tener en cuenta la palabra como alternativa curativa fue privativa del ejercicio médico de la Antigüedad, en particular de la clásica? ¿existen o han existido otras intervenciones, además de las mágicas y de las populares, que aspiren al mismo fin?

Un nuevo contraste aparece ante este último modo de curar y la forma vigente hoy, pues del arte sin palabras aplicado desde el lejano mundo clásico se ha llegado al tratamiento por medio de la palabra y a intervenciones propagadas en el presente y vinculadas esencialmente con la psicoterapia verbal.

Lo anterior lleva a pensar que tan histórico como el hombre es el temor a la muerte, lo que ha llevado a que, desde sus comienzos, la humanidad viva en una infatigable lucha por evitar y, si es el caso, negar la muerte. Para ello, el mismo hombre ha inventado cuanto recurso ha sido posible para detener esta realidad que inminentemente llega a poner fin a aquello que un día tuvo principio. Así, tan urgente como el afán de vivir, es la brega por no morir, por evitar la muerte, anhelo al que se han afiliado los más caros intereses de la ciencia, hoy erguida en cumbres impensables e inesperadas, como la pretensión de no envejecer y de no deteriorarse, según rezan los mandatos de la ilusión de la *eterna juventud*.

Tras esta aspiración se mueven mercados e individuos; unos y otros en el intento de ganar la batalla siempre vencida por el deceso, realidad que triunfa por doquier y declara como inútil tal esfuerzo. Además de señalar que ine-

vitamente la vitalidad y las pretensiones de la inmortalidad descienden con la edad, pues la muerte, mal verdadero e incurable como el de la vejez y el de tantas enfermedades, suele deslizarse entre los hilos frágiles del cuerpo cuando es transgredido por inconvenientes de salud.

Todo esto confirma que lo que subyace a la urgencia por aliviar la enfermedad es la negación de la muerte, circunstancia vivida en y fuera de la ficción. La condición de mortales hace inaplazable el fin. De ahí que, en el pasado, hoy y siempre, la enfermedad, independiente de su carácter, persista, persevera, y lo haga de cara a la ciencia y a la técnica, cuyos prodigios causan asombro hoy a muchos, aunque, quién lo creyera, otros ven con una indiferencia y hastío tales, capaces de horrorizar a los sabios de la Antigüedad, siempre tan afectados por la maravilla, por la extrañeza.

Entonces, una especie de batalla contra los males que afectan el cuerpo y el alma ha sido la lidia histórica adelantada por el hombre ‘beneficiado’ por la técnica. Aquel que tiene a su favor el capital, el saber producido en los espacios que imparten formación y en los emporios industriales, siempre abiertos a afianzar el consumo del prodigio entregado por la ciencia mediante el señuelo de la salvación que esta parece portar. Es la misma inquietud que hoy se impone al cuerpo cuando se enferma, cuando se debate contra una patología de la que quiere y necesita liberarse.

## Referencia

Entralgo, P. L. (2005). *La curación por la palabra en la Antigüedad clásica*. Ánthropos.

**Judith Nieto**, escritora. El fragmento aquí incluido aparece su libro *Todo enfermo es un hombre*, publicado por Ediciones UIS en 2016.